

tanto. Si hubiérais encontrado un luis de oro ¿no le hubiérais cogido? Pues yo, caballero, cojo el hierro como vos cojeríais el oro. Si en el campo hubiérais hallado una cosa en el suelo ¿la hubiérais dejado allí? Yo os digo á mi vez; puesto que hay justicia para todos, preciso es que la haya para mí. Os pido por favor, señor presidente, como un excelente jóven que sois, que busqueis bien las raíces de mi tia y las mias. Si no lo haceis por mí, que sea por mi familia, por mi anciano padre, por mi hermana que llora noche y dia.

*El presidente:* Pues confesad lo que sabeis.

*Arzac,* llevándose con violencia las manos al cuello, á la boca y á la frente: «me habian de cortar el cuello, por aquí y por aquí, en mil pedazos, y no me harian decir lo que no sé.»

Se le llevaron, y los circunstantes quedaron conmovidos durante algun tiempo por el arrebató de aquella elocuencia salvaje.

Ya se recordará la declaracion que en Riom prestó Pedro Gras, (a) el Homelet, quien decia que, diez y seis dias antes del asesinato, habia encontrado á Santiago Besson en el camino de Puy, en compañía de Claudio Belven. Como le observasen que el 15 de agosto decia Besson que se hallaba postrado en cama con viruelas, Pedro Gras contestó: «Es un misterio de la Santísima Trinidad.»

En Lyon, *Estéban Gerbier*, tendero y tabernero de Charouzac, hombre de una probidad que no fue puesta en duda por la defensa, y que no tenia motivo alguno para perjudicar á Besson, que era uno de sus parroquianos, declaró un misterio de igual género.

«*Algunos dias antes* del asesinato, dijo, al regresar del campo ví á Besson que estaba hablando con mi mujer. Tenia la cara llena de granos y los labios hinchados. Le dije: «¡Que granizada te ha caido encima!» Me contestó: «Estoy algo mejor» y bebimos juntos. Estoy muy seguro de que era antes del asesinato, porque si hubiese sido despues, no hubiéramos dejado de hablar de él.»

La mujer de *Gerbier* prestó una declaracion exactamente semejante.

*Pedro Borie*, sastre de Puy, prestó tambien una declaracion en extremo grave.—El 1.º de setiembre, á las cinco y media de la tarde, estaba yo paseándome y fumando por el puente de la Cartuja, es decir, en el camino de Puy á Chamblas: un sugeto con quien estaba yo hablando llamó á un individuo que pasaba. Aquel individuo iba vestido con una blusa blanquecina; tenia el rostro enfermizo y granos en las mejillas. Su blusa habia sido azul y se habia vuelto de un blanco sucio. Su pantalon era de pana, y llevaba debajo de la blusa una escopeta muy corta, sin punto, con el cañon de color de ballena y porta-fusil negro.—«¡Buenos dias, Santiago! ¿A dónde vas por ahí? dijo el que estaba conmigo.—Voy á Tuy» contestó aquel hombre continuando su camino.—«¡Eh! Santiago, le dije el otro ¿no tomamos un polvo de rapé?» El individuo se detuvo, y bajó entonces su escopeta, que ví, porque desembarazó su brazo para tomar un polvo con su interlocutor. Este le dijo: «Por poco pasais sin que os conociese; ibais tan de prisa...

¿Cuándo hareis mi encargo? El individuo contestó: «Mañana cuando se levanten las señoras; id á verme á Puy y se hará vuestro encargo.» ¿Vamos, estais mejor ahora? El individuo contestó: «Sí, un poco mejor.» En seguida se marchó. El campesino me dijo entonces: «Si va á Fay y vuelve hoy á Puy, muy de prisa ha de andar.» Entonces le pregunté: «¿Quién es ese hombre?—¡Oh! contestó el campesino, es un hombre que nada aventura; está bien; él es quien todo lo hace en casa de las señoras de Chamblas.»

*Borie*, á quien enseñaron á Besson, no conoció en el acusado al hombre á quien solo vió un instante, una sola vez. Si no habló antes de aquel encuentro, fue porque no le daba importancia alguna por razon del nombre de Santiago, al cual no aplicaba nada de cuanto se decia de Besson. En Puy tenia Borie fama de hombre de bien, y ya hácia fines de octubre de 1840, un testigo llamado *Liotard* recibió la misma confianza que Borie revelaba á la sazón al tribunal.

Fueron oidos algunos testigos que dijeron haber visto el 1.º de setiembre, *al sol entrante* (el crepúsculo vespertino) aunque sin conocerle, á un hombre vestido con una blusa blanquecina y armado con una escopeta corta, que andaba rodando en torno de Chamblas.

*Juan Berard*, colchonero en Puy: Al volver de hacer unos colchones en casa del señor cura de Lardeyrol, el 1.º de setiembre, al retirarme entre las ocho y media y las nueve menos cuarto, llevaba mi herramienta é iba andando por un sendero. Ví á un hombre con una blusa blanca y le dije: «Buenas noches, Santiago, buenas noches. ¿No me conoces?—No me contestó; pasó como un rayo y estuvo próximo á tirarme la herramienta.»

P. ¿Le conocisteis?

R. Sí, era Santiago Besson.

P. ¿Estais seguro de ello?

R. Muy seguro.

P. ¿Estaba oscura la noche?

R. No muy oscura; habia bastante claridad para ver los objetos. Santiago Besson se marchó muy de prisa.

*El presidente:* Vuestra declaracion es muy importante, y no debeis afirmar sino estando muy seguro.

R. Estoy seguro.

*El presidente:* ¿Pero ¿por qué no habeis hablado antes? Solo hace un mes que habeis revelado ese hecho tan grave.

R. Señor presidente, he estado diez y ocho meses en Auvernia; me marché de Puy algun tiempo despues de que el señor (señalando á Besson) hiciese el negocio, si fue él quien lo hizo. Tengo mis papeles... hélos aquí.

*El presidente:* ¿Llevaba alguna arma el hombre á quien visteis?

R. Sí, llevaba una especie de escopeta junto de su blusa.

*Un jurado:* ¿Hacia mucho tiempo que el testigo conocia á Besson?